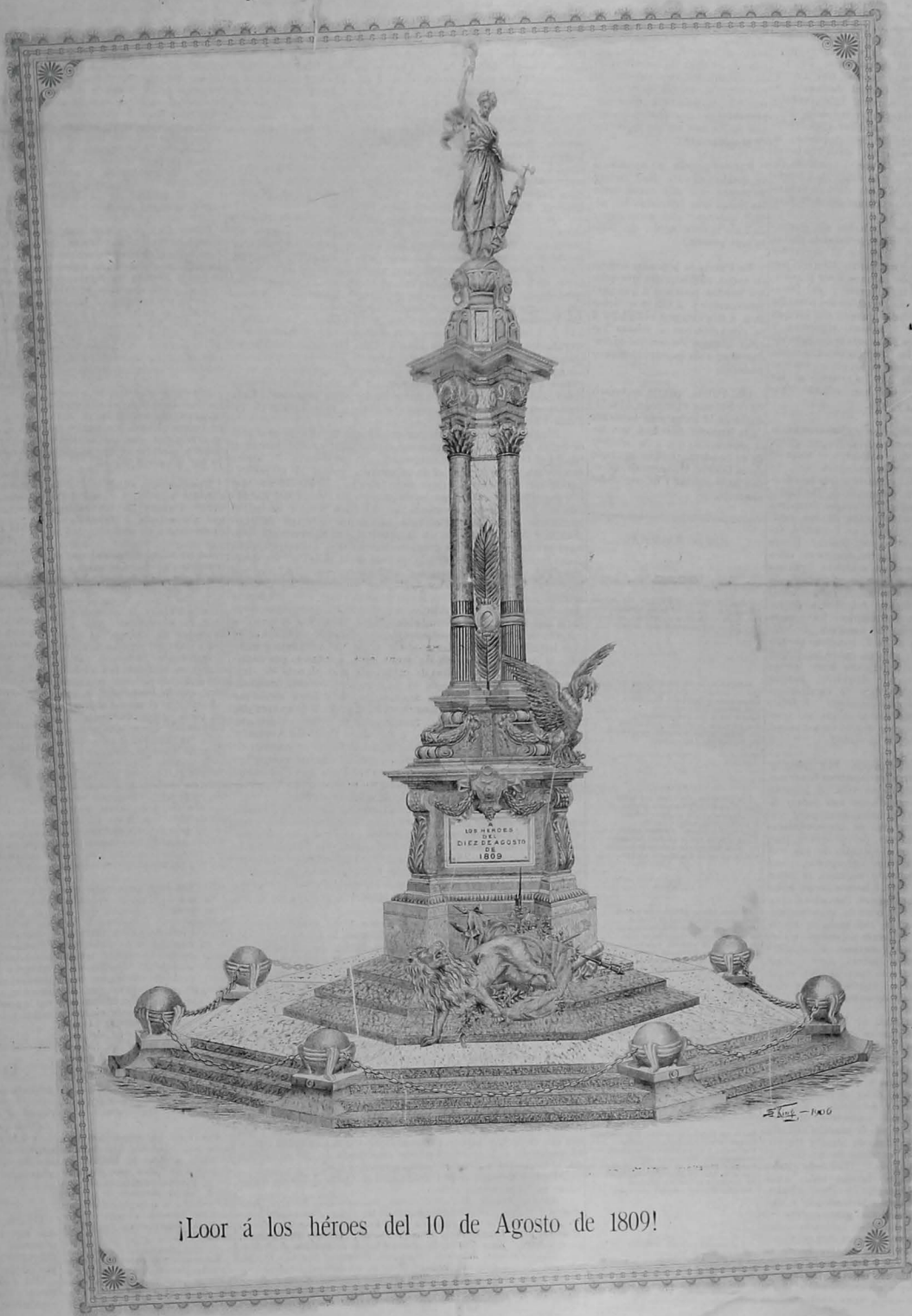


EL COMERCIO

Edición extraordinaria

Quito (Ecuador), Viernes 10 de Agosto de 1906.

BIBLIOTECA NACIONAL



¡Llor á los héroes del 10 de Agosto de 1809!

turalza exuberante, naturaleza primitiva, en la cual no otra cosa se veía que gérmenes de vida por doquiera.

¡Cuánta riqueza y cuánta ganancia en ese mundo descubierta por Colón! Continente que en esplendorosa profusión de fecundidad inagotable, se extendía de polo a polo, bien merecida ser el teatro de la grandeza del genio incomparable de ese sublime peregrino de los mares.

Y en pos de él vinieron otros y otros a tomar puesto en el gran banquete ofrecido por la virgen naturaleza americana.

Comienza entonces, en los diversos puntos, la era de descripciones, dentro de los límites de principios del siglo pasado, acontecimientos que tuvieron lugar en esta misma ciudad, en estas mismas calles y plazas, en este mismo sitio en el cual estáis viendo los dos santuarios (*) donde, en ocasión solemne ofició el Genio de la Independencia Americana, y donde corrió la primera sangre ofrecida en holocausto al Dios de los pueblos libres.

Paréceme, conciudadanos, que aquí, a dos pasos de distancia, oigo el lúgubre resonar de las cadenas con que estaban ahorrados los cuerpos de aquellos incógnitos varones, y el estrépito de la soldadesca en los instantes de la invasión a las prisiones; que las puertas de los calabozos ceden al empuje de los que las fuerzan con satánico furor; que entran los acometedores, que descargan sus golpes de espada y sus fusiles sobre las víctimas indefensas; que Salinas, Morales, Quiroga, Arenas, Ascámbi, Peña, Aguilera, Vinueza, Larrea y Guerrero, Ríofrío, Cajías, Villalobos, Olea, Melo y Tobar, heridos de muerte y caídos en el duro pavimento, agonizan y mueren empapados en su propia sangre, y hasta se me figura ver que los labios de esos cadáveres sagrados permanecen en una como palpitante contracción que manifiesta haber espirado esos eximios adalides pronunciando los nombres de Patria e Independencia.

¡Cuánta grandeza, compatriotas, cuánto heroísmo en los postreros instantes de esas víctimas inmortales! Ni un solo ruego, ni una sola palabra de perdón. Convencidos de la justicia de su causa, aceptan la inmólacion de su vida, con la olímpica serenidad y compostura de semidiosos legendarios. Para tal causa, señores, tales hombres, así trágicamente sublimes en el momento de regar con la sangre de sus venas la simiente de libertad arrojada por ellos un año antes, ¡ají, junto al lugar de su sacrificio inolvidable.

Y recordar, conciudadanos, que fué el asesinado cobarde el medio por el cual se arrebató a la Patria el tesoro inestimable de tan preciosas existencias!... ¡Mericieron, acaso, esa suerte nuestros Próceres? De ninguna manera. Pero tenía de cumplirse, una vez más, esa ley eterna en virtud de la cual la

inmortalidad no se conquista sino sobre el pedestal del sacrificio....

Mas ¿a qué continuar recordando tan nefasto crimen en el día de la glorificación de las excelsas virtudes de nuestros adorados Próceres?

Volovamos más bien la vista al dilatado campo donde se levantaron en breves horas frutos de la libertad a tanto precio alcanzada, para solarnos en la contemplación del inmenso territorio comprendido entre el Golfo de California y el Estrecho de Magallanes, de este hermoso continente de fecundidad inagotable, donde, purificada la atmósfera por el fragor de cien heroicas batallas, se esparció un inmenso hábito de vida, generador del desarrollo de las ciencias, las artes, las industrias y el comercio; donde, una vez proclamados los derechos imprescriptibles de la personalidad humana, las enseñanzas y el ejemplo de nuestros progenitores en la existencia política vienen alentando a las generaciones en la obra de la conservación de tan preciosa herencia; donde la implantación de las libertades públicas se abre paso, con creciente brío, al través de las últimas resistencias del feudalismo; donde, en fin, nos es ya dado pensar con una infinita amplitud de criterio, hablar tan alto, que se nos pueda oír en todo el mundo, y obrar sin más límite que el determinado por el derecho de otro.

Pensamiento, palabra y acción libres: he ahí la síntesis de las grandiosas aspiraciones de nuestros antepasados, porque el hecho hubo ni ha menester el Nuevo Mundo para ser lo que ya es, no transcurrido todavía un siglo de vida independiente, y lo que será en el porvenir, como representante activo y vigoroso de una civilización nueva, cuyo carácter distintivo comienza a ser la realización del ideal del hombre para el hombre, en contradicción al carácter peculiar de las civilizaciones que murieron sin haber realizado su ensueño del hombre para el templo, y al de las civilizaciones que agonizan sin realizar tampoco el suyo del hombre para el trono....

Con la libertad de pensamiento, perdieron los prejuicios secos su consuetudinario poder sobre las conciencias; por la libertad de palabra, en especial la de la prensa, oyendo estamos cruzar el andamiaje de los poderes absolutos; con la libertad de acción, desplegada dentro del prodigioso equilibrio mediante el cual, en el plan de nuevas tendencias, se concilian las aspiraciones privadas con las públicas, ya encontrando la humanidad el camino de su verdadera redención, porque redimirse es, señores, esto de irse libremente en pos del propio y múltiple perfeccionamiento, con sujeción a una científica y elevada economía consistente en la aplicación de la actividad personal y social a todo aquello sobre lo cual es preciso que recaiga, para su provecho manifiesto del individuo y de la gran familia humana, de que forma parte.

Si otro fruto no hubiéramos obtenido que el de esa ventajosa humanización de los ideales que impulsan al hombre sobre sus facultades, aquella esfera de actividad más en armonía con sus propios y verdaderos fines y de los semejantes, con ello tendríamos lo bastante para proclamar la portentosa fecundidad de la hermosa verdad por nosotros Próceres, en defensa de los fueros inalienables del hombre y de su perfeccionamiento indefinido.

Atenta la magnitud del resultado ¡qué poco la sangre derramada el 2 de Agosto! Pero cuán valiosa y cuán fructífera, señores! Verdad en Quito, la iniciadora del actual concierto

de los pueblos libres de más de medio continente, resulta ser como inoculada en el corazón de ese gran organismo que al punto empieza a reanimarse y a sentir dentro de sí la nueva vida del Derecho.

A raíz misma de la consumación del sacrificio, todos son ya hermanos en América, con idénticos anhelos, con iguales aspiraciones; y apenas promulgadas las nuevas enseñanzas, saben todos ya en el Nuevo Mundo que el hombre, antes que a nadie, se debe por entero a la patria y a los demás hombres.

Grandiosa solidaridad cuyos últimos efectos no es dable preservar; pero que, en todo caso, representa una amplia base para fundar muchas y muy consoladoras esperanzas, por lo mismo que, cuando menos, significa el reinado del trabajo que ennoblec, de la justicia que regenera, y de la libertad que tanto y tanto dignifica y engrandece al espíritu humano.

Luchar con entereza en pro de tan nobles, tan levantados ideales; aceptar tan alto sacrificio de la vida, en cambio de luz para la inteligencia, de patriotismo para el corazón, de dignidad para el carácter y de honradez para la conciencia; hacer brotar del fondo del sepulcro torrentes de civilización que, a la hora de hoy, están produciendo abundosos frutos en la América Latina; y continuar, aún después de muertos, fundiendo en los espíritus un amor cada vez más creciente a las instituciones democráticas; todo esto es, señores, comparable a la historia, no ya sólo como recordatos, sino como ángeles encargados de velar, de este y del otro lado de la tumba, por la feliz conservación de un mundo que bendice y venera la memoria de esos insignes benefactores.

Y al recuerdo de esta hermosa fiesta, en la cual el Ecuador ha comenzado a pagar su deuda de impercedera gratitud, quede unido el de la Prensa de la Capital, entidad que refleja el alto grado de cultura alcanzado por este magnánimo pueblo, y cuyos representantes, fundiendo en los espíritus un amor medio del último de los legionarios de la libre emisión del pensamiento, a la invitación que les hiciera el Comité "Diez de Agosto", con motivo de la inauguración del Monumento a la memoria de nuestros Próceres, para quienes el mejor y más constante tributo de los ecuatorianos sea el desenvolvimiento práctico de sus derechos y garantías, en toda la amplitud requerida por las necesidades y aspiraciones de la República verdaderamente progresista y democrática.

Así como sobre la tumba abierta por el crimen hemos levantado un monumento a la Virtud y al Patriotismo, así también sobre la escoria de añejas disensiones apresurémonos a levantar, de hoy para siempre, el santuario de la Concordia, del Orden y la Paz.

HE CONCLUÍDO.

A LOS

PRÓCERES DE LA INDEPENDENCIA

SOBRE EL LEMA

Salva Cruz, libre esto

HIMNO PATRIÓTICO

América es su nombre (degradada Víctima de la opresión extranjera) A la vida de esclavo consagrada. ¡Libre y así gloriosa! ¡Libre y así soberana! Víctima de opresión y suaviter, Que reposa la paz, el honor.

I

SALVA CRUZ.....

Ven festivo, oh América, libre Ven, saluda a los héroes de Quito

¡Que la patria el férvido grito Que a vivir, no moro, no llamo. Salva Cruz, dijeron, de diez a diez. Es la Cruz de los pueblos la vida, Es la Cruz nuestra sombra querida, De la esposa la paz, el honor.

Salva Cruz, de Cristo la cruzada, Al través del océano iracundo, Libro poseo ofrecido al nuevo mundo Al dilecto y audaz genio. Salva Cruz, la Iberia gloriosa, Trajo acá con su sangre cristiana, Con su leñuca y la fe castellana, De los libres el noble aliter.

Hay de hoy inundado al cielo Nuestra voz clamorosa quejida: La voz Española, y repande ruseña— ¡Nuestro cielo feliz te brida! Y del cielo dos ángeles bajan, Y la Madre y la Hija coronan, Y de entrambas la gloria pronoran Vinculada a la Cruz y a la Fe.

Si hoy el mundo renuncia blasfemo De la Cruz al Mesías pendiente, Cristo en breve, cual sol reflejante Vencedor brillará en su sentir: ¡Dirán Asia, Europa y Australia, (Con la tierra sus voces juntando) De Jesús la gloria ensalzando: ¡Salva Cruz, ya el mundo es tuyo!

LIBER ESTO

Libertad, Salva Cruz, invocaron Del Pichincha los héroes cristianos, Cristo en breve, cual sol reflejante Vencedor brillará en su sentir: ¡Dirán Asia, Europa y Australia, (Con la tierra sus voces juntando) De Jesús la gloria ensalzando: ¡Salva Cruz, ya el mundo es tuyo!

Nunca una eterna noche Oscurece las páginas oscuras Del libro en que el Destino Veía su misión profunda. Los vendidos días Del porvenir inocente del mundo. Pasados los siglos se agrava, Y en el día ciego Revientan las bombas estridentes Como en reflejos de sangre lo iluminan Mientas mortal pavora Interfusa sus lumenas tempestades, Idiona del Misterio Masacra el yugo ponderoso. Mas sienten que razonan Y a la luz fulgurante de la gloria Que les baña el alma entera, Se alarga el día en sangre depolmaron Y coronan la fuerza la victoria.

Como después de arumardado letargo La sombra de la muerte Trupe desparovado el mundo, Cuando en el pecho inerte Late la sangre al soplo de la vida; Así la entera América, Hija de la insignonía de los siglos— ¡No es el mundo el yugo ponderoso! De larga esclavitud. Negros vestigios Hoy abandonado su guardia Y a su giro estruendo, Va a perderse en los mares de Occidente.

Nota.—Este himno se ejecutó en toro del monumento.

La música es del mismo autor de la poesía y la instrumentación del Sr. Reinold Suárez.

Sarvidumbre y Rescate

Hay una tierra espléndida y ruseña Dormida entre dos mares Como un castillo al beso de las olas, Los venidos bramadores Del cielo el rostro posea, Sólo tienen un canto Para ensalzar el finimo pesador Que la tierra dormida lira a solas; Las nubes que conocen sus dolores Verían fecundas abundos llantos. Las nubes, destinadas A encubrir la amargura Que nos herida en eterna desolación, Que en inmensas alas desplegadas, Como el sol en su esplendor, Que a la virgen adora Quiere también acariciar su frente, Sobervia lid provoca. Es la onda profunda, Es la onda que marcha confundidora Y a la onda dormida, en tanto inunda Más esplendente aurora.

Tendió en doliente expectación la mano, Aniso del festín, así otras tantas Cruzes alienta el fatigó humillante Cruz Del bárbaro tirano, Diéronle a saborar amargos heces, Sabor a los ojos del festín viciaron Rotando hacia sus plantas Y la esclava infeliz, escarnida, Rompió en gemidos, culló el semblante Y volvió a continuar su triste vida. Gemie porosa que triste lastimera De nadie fue escuchada; Nadie, de fuera, le tendió la mano Para aliviar el fondo del albano Y salió a penas, compasión más triste Que un tormento mismo. Hubo de los días en los pasados siglos Puso la maldición sobre su frente: ¡Que los niños en los pasados siglos Andaron fantasma y vestigio; Perdió la luz su transparente cielo, Y en la brillante arena de sus playas, Y en sus nuevas arenas, Sus niños huérfanos y otras gentes Y rastro de cadenas.

¡Sangre, sangre fecunda Que se derrama a mares Que corre por doquiera y todo inunda, De los rios y las alturas, Sólito tu sangre, Quito, De los rios y las alturas, Relina De la pesada y bárbara cadena Que templan los siglos; Tu sangre derramada el fuerte veno Ahuyenta los vestigios De nuestro pasado un gran delito Y se preparan a la luz, venen un grito Repetidos del pavor fueren airados El rostro fiero y fiero; Fue de exterminio en tu recinto nueva Un cargo al rojo de enemigo arcano, Parece el rigor en el castigo, Fuera vertido en vano ¡Que crudió en el mundo el Destino! Quito desventurado, Te halló la planta vil del asesino; Y doquier que vayas te mira; En ese día aciago. Viste sangriento estrago; Viste sangre que ofusca la mirada Con los rios y el verde reflejo; Y al ver más remachado ese día De los rios estabos y rios.

Que romper tu heroico preténia, ¡Oh! creyé el mundo que una noche eterna De nuevo volverá a ser tu patria; Y que en vano vieran tu valor depetado; Y que en vano vieran tu mundo americano; Era cadáver yerto.

Nunca una eterna noche Oscurece las páginas oscuras Del libro en que el Destino Veía su misión profunda. Los vendidos días Del porvenir inocente del mundo. Pasados los siglos se agrava, Y en el día ciego Revientan las bombas estridentes Como en reflejos de sangre lo iluminan Mientas mortal pavora Interfusa sus lumenas tempestades, Idiona del Misterio Masacra el yugo ponderoso. Mas sienten que razonan Y a la luz fulgurante de la gloria Que les baña el alma entera, Se alarga el día en sangre depolmaron Y coronan la fuerza la victoria.

Como después de arumardado letargo La sombra de la muerte Trupe desparovado el mundo, Cuando en el pecho inerte Late la sangre al soplo de la vida; Así la entera América, Hija de la insignonía de los siglos— ¡No es el mundo el yugo ponderoso! De larga esclavitud. Negros vestigios Hoy abandonado su guardia Y a su giro estruendo, Va a perderse en los mares de Occidente.

Hay por siempre el negro despotismo Del socio americano; A la mala explotación heroísmo Que torna las montañas en pavesas Cedió ese débil muro; Que en humillada y la atrección albaro; Cedió como las altas fortalezas Que se Jesús en el mundo; Y al eco del clarín se desplomaron. No volverá a este asco; Que así a voces andan tempestades No ha borrado la senda del progreso Y que impuso de nuevo a las miras Mira de nuevo arrojado el cielo En más esplendorosa claridad.

Hay por siempre el negro despotismo Del socio americano; A la mala explotación heroísmo Que torna las montañas en pavesas Cedió ese débil muro; Que en humillada y la atrección albaro; Cedió como las altas fortalezas Que se Jesús en el mundo; Y al eco del clarín se desplomaron. No volverá a este asco; Que así a voces andan tempestades No ha borrado la senda del progreso Y que impuso de nuevo a las miras Mira de nuevo arrojado el cielo En más esplendorosa claridad.

AMAGRO.

MARTIRES DEL DIEZ DE AGOSTO

EN LA INAGURACION DEL MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA INDEPENDENCIA

Remplérense las sombras del pasado, Del sol de Agosto a la primera lumbre; Y del sol negro ya a la cumbre De la gloria, el Martirio, coronado.

Con anhelos de atleta encadenado, Y con la desconfiada incertidumbre Del despertar, se absorbe en la vialumbre De su mundo de ensueño, realizado;

Y al rasgar de un siglo el fondo Del velo..... Sobre las ruinas de extranjero yugo, Que cubre el manto de fraterno duelo,

Expulsados el zano y el virgado Ve alarse aborrazo, a excelsa línea, Pasmado y mudo..... ¡Libertad, ¡Independencia!

X. Cleaver-Ponce, Agosto 10 de 1906.

OFRENDA A ESPAÑA

EN EL XXVII ANIVERSARIO DEL 10 DE AGOSTO DE 1809

Digno blasón de un vasto continente,
hoy el Arte en la piedra inmortaliza
la obra con que la Patria simboliza
la página más bella de su Historia:
Pueblo del Diez de Agosto, reverente,
yergue la altiva frente
donde irradian los rayos de la Gloria!

Poetas, despertad! resuene el verbo
de unión y de esperanza;
el canto triunfal brote,
no el que fustiga al despoja protervo,
cual formidable, inflamador arote,
en nombre del Derecho;
sino el verbo de luz, siempre inspirado,
ese verbo que crea
un mundo de verdad en cada idea,
una hoguera de amor en cada pecho.

Ya los odios pasaron; se extinguieron,
oh Patria! los rencores de la lucha
y, en tus sonoras cánticos triunfales
de alegría suprema,
ni vibra el anatema,
ni la iracunda imprecación se escucha.

Justicia es que la edad los odios borre!
El viejo tiempo, cual raudal sonoro,
sí, allá, en su origen, enturbado corre,
mas se separa mientras más avanza
y cuando al fin se desmenuza
de gratas armonías entre el coro,
en el inmenso cauce de la Historia,
ya dejando la escoria
y, sólo lleva las arenas de oro.

No será sólo extraña
la voz del bardo, oh dulce Patria mía!
sí en sus versos vivos en este día,
como ofrenda de amor, por el arte,
el nombre augustísimo de la augusta España,
porque admirar a España es admirarse.

Oh España! la heredera del latino
y colonial imperio,
que, rasgando los rumbos del Destino,
arrancaste al misterio
la Atlántida soñada
a la que hoy tiendes los amantes brazos;
cuando al renzor de la lucha encanizada
han reemplazado el amor los lazos;
cuando a la hermosa América precedida
hoy tan sólo domina
tu sonora lengua peregrina,
hacia mi Patria vienes,
envuelta en pabellón de rojo y gualda,
de tu hija por cenir sobre las suenas,
como premio de unión, una guirnalda.

Del Diez de Agosto el triunfo soberano
es triunfo tuyo, Oh victoria tuya
de aquellos generosos redentores
del mundo americano.
Que es justo que la rama restituya
al tronco en que brotó, savia y vigores.

Del blasón solariego
que, con tu raza, nos legaste un día,
noble y heróica Iberia, no reniegas;
ni renegar podrás
al recordar que tu épica grandera,
de las luegas edades á despecho,
admira el universo todavá;
por eso altivo, ufano,
siento inflamado de entusiasmo el pecho
y hasta orgullo al llamarme castellano.

Siempre será más noble en su locura,
el Quijote, deménte sin segundo,
en lucha con las aspas del molino,
que aquel ideal mesquino
que haré intento en su codicia impura,
un mercado del mundo.

En los excesos hechos de tu historia
América ha aprendido
los triunfos á aspirar, á amar la gloria,
á vencer á la Suerte y al Ovído.
Fuiste tú luchadora, y luchadores
hubimos de nacer cuándo del nido
de los altos condores
se han lanzado los cuervos?
¿cuándo, di, un pueblo libre engendró siervos?

Indigno de tu estirpe, de ese brío,
que página inmortal grabó en Numancia,
se llamará, Iberia, el pueblo mio
sí, al yugo dócil te, no hubiera
con legendaria, olímpica arrogancia
el cetro ya caído de tus reyes
trocado con el cetro de las leyes,
á cuyo amparo la virtud inspira.

Y á través de los tiempos, llegó la hora,
esa hora inevitable que el Destino
va á los pueblos marcando en su camino
con bonhas convulsiones,
¡No hay noche sin aurora,
no son esternos, no, las opresiones
ni estermo en los pueblos el desmayo!
Cual ául de verdad, levó el Quito
clamor de redención, y fué ese grito
el eco colosal del Dios de Mayo.

La América, tu América, sentía,
de tu arroyo heredera,
aquella lúida y gloriosa
que hicieron inmortal la gloria ibera.
Y, ya núbil y fuerte
y libre ya, podía
en su suelo formar nuevos hogares,
disponer, á capricho, de su suerte.

Y fué aquella contienda,
eterno asombro de la edad futura,

digna de ser, por su épica bravura,
cantada por la homérica leyenda.
No te burlas, alto trunfo, alegría España,
son para tí tan legendarias lides,
que aquel luchar heróico é iracundo
fué, hazañas tras hazañas,
la titánica lucha de los Cides,
que disputan á porfia un mundo.

Ya el odio extinguido!
hoy la española raza
con los estrechos vínculos se abraza
del comercio, y la paz y el pensamiento.
Tu gloria ha renacido,
que, con noble ardimiento,
la Atlántida felice se levanta
y, con paz se seguro,
gentil y esplendorosa, se adelanta
á la conquista excelsa del Futuro.

Oh España! si abatida
has contemplado exánimo
el fulgor de ese sol de Carlos Quinto,
que te alumbro con luz indecible,
no estás al peso del dolor rendida,
pues sabes que ese sol de tu alma gloria
si es tuvo su ocaso ya en tu historia
hoy tiene, aquí, en la América su oriente;
y, en tu raza mirando el alto brío
de tu pasado de esplendor, ufano,
puedes decir: «el porvenir es mio,
que América gentil es castellano!»

Morir no puedes tú, porque no cabe
que, cobarde, sucumba
quien escribir en su ruina sabe
los nombres de Sagunto y de Pavía.
¡Los pueblos con tú no tienen tumbal!
Si la fortuna impía,
quien abre tu camino
por mano del infame fanatismo,
del dolor depurada en los crisoles,
que, por la sombra del error no empaña
el astro de la Idea, que ilumina
con resplandor de soles,
los pueblos de la América latina,
pueblos que forman una nueva España,
te saludan á tí, oh España nueva!

Ya no eres hoy extranjera
á nuestros populos regocijos;
que te honras á tí misma, hidalga España,
al honrar á tus hijos.
¿Qué hicieron los heroicos luchadores
de mi Patria, entregada en ofrenda
sua sangre generosa,
sino seguir la senda
de aquellos infomolables luchadores
de Bailén, San Marcial y Zaragoza?
No puede ser cobarde
quien en sus venas siente
arder cual lava volcán, hiriente,
la sangre de Daoiz, y de Velarde.

Yo sé que, en una mañana no lejano,
oh! Patria, de mi amor, Patria querida,
te alzarás ante el mundo vencedora,
cuando, en las luchas del Progreso humano,
cobras la fuerza en tanta lid perdida
y al aire de su vibración sonora
el himno del Trabajo soberano,
del Trabajo que el progreso humano
que, por regando germen, ya sudores,
las fuentes de la vida multiplica
y, en las arduas labores,
la gajura fecunda y vivifica.

¿Qué, oh, augusta Iberia, los fulgores
del progreso arroja
con que, tu Patria mía
la altiva frente de la...
sino las joyas que Isabel unió,
con nobleza de reina y de española
arancó á la corona de su imperio,
para pedir al insonable oceano
ese vasto hemisferio,
velado por las sombras del arcano?

Oh Patria, salvé á tí si es que aun purpura
tus dilatadas y fecundadas vegas
la sangre de la guirra fratricida
que brota aún de la entrebierba herida;
sí es que ayer, de la lucha en los rencores,
gastaste tus vigores,
hay que libre desplegas
al viento tus pendones soberanos
á cuya sombra, muertas las pasiones,
no enemigos se encuentran, sino hermanos—
el arma vil de los Caimos deja,
trueca el acero en la robusta reja
que abre el surco feroz á la simiente
que el generoso esfuerzo galardana,
y en brazos de la Paz, que, indelicente,
derrama por doquier su luz fecunda,
regocijada entona,
en ritmos inmortales,
los redentores himnos de la Idea,
del Progreso los cánticos triunfales.

Prevente ya para futura lidia
y sí, mañana, la volitaria sueña,
de perdido enemigo por la insidia,
quiere á la negra alreña condesarte.
Patria, sé siempre digna de tu gloria
y vea el universo, ante la historia,
que puedes encontrar excelsa muerte,
en sudario trocando tu estirpe, te,
si es que no puedes alcanzar victoria.
La cobarde abyección en tí no cabe;
que el pueblo de Manzanares
hundirse sabe entre sus propias ruinas,
mas los oprobios aceptar no sabe!

Agosto de 1906.

Manuel Marta Sánchez.



LA VISION DEL INCA

Triste como ninguno fué el día
en que Zarán, gallardo mozo
hijo del célebre general qui-
tuno Quizqui, acusado de co-
rdenado ante el emperador Ata-
hualpa había perdido el favor
del monarca, y relegado priso-
ro al palacio de Callo se veía lejos
de la corte del Cuzco, donde pa-
sara desde niño, entre los es-
plendores de que gustaba or-
dearse aquel afortunado hijo
del Sol.

En la conciencia de todos los
cortesianos estaba que su des-
gracia, provenía, más que de
otra cosa, de la malquerencia
del viejo Calicuchima rival de
Quizqui; pero Atahualpa ha-
bía hablado y no quedaba más
recurso que inclinarse ante su
voluntad.

Cobarde él, que en la reciente
expedición á la Puná, de donde
saliera herido el emperador, ha-
bía tomado prisionero á uno de
los más bravos capitanes de los
temibles isleños, arrojando una
nube de flechas: talvez esa
misma proeza le había valido el
implicado y mal disimulado
rencor de Calicuchima.

Cobarde, porque informado
casualmente antes que nadie de
la aproximación de unos hom-
bres extraños por el litoral del
norte del Imperio, había afir-
mado que convenía preparar
las tropas, aguzar las picas y
estor al arma para ser sor-
prendidos. En consecuencia Ca-
licuchima, sólo una mujerzuela
podía concebir temores seme-
jantes, siendo así que nunca co-
mo entonces el imperio había
llegado á más alto poderío.

La severa legislación militar
del illustre conquistador, padre
de Atahualpa, había establecido
que un soldado sobre quien
recayese la nota de cobarde, si
persistía en la conducta noble, no
podría salir de prisión sino ga-
rantizado por otra persona
de distinguida noble, para que se
distinguiera por algún acto bri-
llante en la primera acción de
guerra.

Una tarde que Zarán más
preocupado y triste que nunca,
se hallaba en la terraza superior
del imponente palacio de Cal-
lo, cuyos muros parecían edi-
ficados por manos de gigantes,
perdida la mirada en el vasto
horizonte, en cuyo confin ser-
peaba el camino del Cuzco á
Quito, alcanzó acaso á divisar
en éste una densa volvedura y
of lejanjo rumor de voces é in-
strumentos músicos.

Ya tal vez una parcialidad de
las provincias del centro, que
las provincias al tem-
pore en peregrinación al tem-
plo del Sol, pensó para sí. En
estos días se han repetido tan-
tos fenómenos asombrosos, cual
si el imperio estuviera aenal-
do en un catástrofe.

En esto asombrado á todo cor-
rutar, cetro de aquellos agili-
mos emisarios que hacían el
servicio de correos, entre las
ciudades capitales extremas del rei-
no, todos á su paso debían ac-
partarse, é inclinár la cabeza en
señal de acatamiento á las ór-
denes reales de que eran porta-
dores.

—Decídme ¿qué gente viene
por allá? exclamó Zarán á los
emisarios.

—Es la princesa Cora que
viene del Cuzco y pasa á Quito
con toda su comitiva, respon-
dieron sin detenerse. Cora, la
princesa de sangre real, la úni-
ca que en la corte le había di-
rada, que no creía en el delito
de que se le acusaba. . . .

bre, enhiestos en altas varas
que semejan humantares ator-
des acabadas de apagar.
A éstos sigue la tropa de co-
cineros, escanciadores, camare-
ros y más gente cuyo oficio es
el servicio doméstico, y en pos
de ellos una larga fila de robu-
stos llamos de erguido cuello y
cabeza fina é inteligente que
llevan fardos de telas preciosi-
sas, joyas y varajas: es incredi-
ble la corpulencia de aquellos
alrosos cuadrápedos oriundos
de Cajamarca y tan parecidos
en su configuración á los drome-
darios de los aduare árabes.

Y a es más vistoso el centenar
de esclavos sacados del oriente,
allí donde el Ucayali toma alien-
tos para penetrar en la eterna
niebla y convertirse en el padre
de los ríos: vienen vestidos de
plumas de varios y amenisimos
colores, ceñida la frente de una
diadema y blandiendo en la d-
estra la temible lanza de chonta.
Su oficio es conducir los anima-
les domesticados, como jaguares,
osos, leopardos, dantas y papa-
gayos, de la real casa.

Zarán se siente con p-
trificador, pues sólo un sueño
del pobre prisionero ese desfile
de las magnificencias en medio de
las cuales ha vivido? No sino
la realidad. Hé ahí la serie de
literas en que vienen las jóve-
nes camareras de la princesa,
á quien preceden como las es-
trellas á la luna: su ropaje es
de azul como las aguas y can-
didas, amarillos los cortinajes
de las literas y del mismo co-
lor el vestido de los conducto-
res, que llevándolos van en can-
densa marcha.

Viene, por fin, en un como
deslumbramiento de astro ma-
tutino la litera real, se distin-
gue de las otras por su aireosa
forma y mayor amplitud; es
blanca como un lirio y la con-
ducen doce peatonos escogidos.
Zarán no verá el rostro de Co-
ra: los velos del anda vienen
corridos; mas, oh! fortuna! al
pasar por delante, se descubre
el velo y la bella princesa con-
stelada de esmeraldas, le fasci-
na nuevamente con esa mirada
que en él la tierra suya por-
talocientemente, que por él
volvería á la gracia de su se-
ñor.

Y en un arrebatado irresisti-
ble se arroja de lo alto de la
terrazza á las piedras de la via-
dá á contenerle uno de los gar-
zanos. La placida visiera se pier-
de ya en la lejanía, ya no se
sino sombra que se estufuma
ya no divide en las brumas de
la noche sino las distantes ho-
gueras que en las alturas van
enciendiéndose sucesivamente,
cual faros de la costa, en señal
de aviso á la princesa.

Largas horas pasan sin que
el joven dé casi señal de vida.
Presentimientos dolorosos
desgarran su alma sin piedad.
Que se diría estaba b-
botando la febre chillante que
el volcánico que se enfren-
coló al palacio. Su amada pa-
ría ya á perecer, á los golpes
de extranjeros desconocidos, á
los cuales no puede siquiera
hacerles comprar á precio de
sangre su conquista. Cora va á
morir á fuerza de malos trata-
mientos, desaparecida la gloria
del poderoso imperio de los In-
cas. ¿cómo va á ser de su raza?
¿Todo lo ve, descorrido el velo
lo por venir, que estos estragos
de que desastres! Empero, ve
también que una porción esco-
dida y noble de esos propios hom-
bres blancos se encargará de la
expiación voluntaria, siglos des-
pués, allí mismo, en la gentil y
opulenta Quito, donde se os-
tentan los templos de Sol y
de Luna. Su raza, menuda,
vengada será redimida, por el
esfuerzo de estora raza á la
cual puede abroccer, pero no
ya despreciar.

Días después se halla el joven
junto á Atahualpa en Caja-
marca en la plenitud de su
mostrarle que es honroso salir
morir, cuando no se puede con-
fiar. Sobreviene la conocida
y luctuosa jornada de Noviem-
bre de 1532, y es el intrépido
quiteño el primero que después
de haber abofeteado el rostro

de Hernando de Soto, cae muerto
cubriendo con su cuerpo á
la persona de Atahualpa.
Pero, menos de tres siglos
después, se realiza del todo
la visión del Inca, cuando el 10
DE AGOSTO DE 1809, los glorio-
sos próceres de la emancipación
americana, dan el primer grito
de libertad que se disponen á
un sacrificio cruento, que el Cielo
acepta en confirmación de
aquella ley superior, en cuya
virtud, la abyección explía lo
que la violencia perturba.

J. Alejandro López.

JUAN PIO MONTUFAR
MARQUÉS DE SELVA ALGIRE

(Según el R. P. Vicente Solano)

El nombre de Montúfar debe
seguir á los de Humbolt y Caldas;
ambos recibieron señalados
beneficios de este illustre
quiteño, y ambos hacen honrí-
fica mención de él. Caldas re-
prende á los quiteños por el po-
co que aprecian sus ideas, no
hombres prominentes; y por mi
parte digo que dudo mucho que
se conserve un retrato del Mar-
qués de Selva-Algire; su me-
moría no vale nada entre sus
compatriotas. Humboldt fué su
amigo agradecido, y le dedi-
có varios plantas para perpetu-
ar su memoria; me acuerdo
de una gramínea que la llamó
«punta montufar», que fué la
primera que halló en Chillo.

La casa de Selva-Algire era
el lugar á donde iban los sabios
extranjeros, porque hallaban
en ella la franqueza, la libera-
lidad, la urbanidad, etc. Chil-
lo será un monumento tan cé-
lebre en Quito como la quinta
de Mecenas, á donde concurrían
los literatos y sabios de Roma.
En efecto, Montúfar era el pro-
tector de todos los literatos; no
había colegial que no le dedica-
se un acto literario y que no
recibiese recompensas am-
plias. Su dinero estaba á dis-
posición de sus amigos y de los
necesitados. podía haber sido
perfidio y murió pobre. Seme-
jante conducta le atrajo el respeto
público; el Marqués de Selva-
Algire era el más popular de
sus conciudadanos.

Su corazón ardía con el amor
de su patria; quería verla en un
grado eminente; pero las cir-
cunstancias del tiempo no le
permitían. Presentóse la o-
casión más oportuna que
visión de Napoleón sobre la Pen-
ínsula. Queriendo, pues, pre-
servar al menos el territorio
que comprendía la antigua Au-
diencia de Quito, del influjo
francés, habló con sus amigos
y de aquí resultó la variación del
gobierno en el año 9. Desgra-
ciadamente, no todos los que
companion lo que entonces se
llamó *Junta*, pensaban como
Montúfar. El abogado Morales
formó una especie de oposi-
ción, queriendo llevar las cosas
muñ adelante: era el ultra-libe-
ral de aquel tiempo. Montúfar,
al contrario, no quería efusión
de sangre, nada de teorías, de
innovaciones violentas, etc. Ro-
deado de enemigos, y de amigos
que contrariaban sus ideas, no
pensó más que en disolver dicha
Junta y restablecer el gobierno
del presidente Ruiz de Castilla;
así se verificó. He aquí el ori-
gen de los padecimientos de
Selva-Algire, y de la rivalidad
de los dos partidos, el uno diri-
gido por Montúfar y el otro por
Morales, hasta producir el
esto desastrosa de 2 de Agosto.
Si ambos partidos hubiesen tra-
bajado de consuno, jamás ha-
brian entrado en Quito las fuer-
zas peruanas y granadinas; y el
Gobierno quiteño habría mar-
chado con firmeza, sin que las
resistenciales que le opusieron
las provincias limítrofes hubie-
sen sido bastantes para sofocar-
lo; tanto más, cuanto que den-
tro de poco tiempo se incendió
toda la América.